

P. Félix Movilla Hernández, S. I.

(Bilbao 11/01/1928 – Bilbao 01/08/2017)

Homilía en el funeral

Quisiera comenzar dando la palabra a Félix. *“La vida es una aventura, un hecho apasionante cuando se realiza con intensidad e intencionadamente... la aventura implica riesgo. La aventura es riesgo”*. Félix escribió estas líneas hace unos años y me permiten comenzar este pequeño tributo y agradecimiento. Quisiera que estas palabras fueran acción de gracias a su familia, a la Compañía de Jesús, a los amigos que habéis venido a esta despedida. Nos reúne Félix, un cristiano que, como dice el evangelio, escogió a Jesús antes que a su propia familia; entregó a Dios su vida en la Compañía de Jesús y por esto tiene derecho a ser recordado por lo mejor de ella. De hecho, este evangelio presenta el esquema que mejor creo capta la vocación de Félix.

En 1951, Félix había cumplido la mayoría de edad que entonces se requería. Contaba ya con estudios de comercio y era independiente. Su ingreso en la Compañía fue todo menos una suave transición. Su familia no aceptaba la vocación por la Compañía que Félix había experimentado. Por eso, entrar en la vida religiosa supuso para él algo dramático, pero que supo afrontar con fortaleza de ánimo. A pesar de la ruptura inicial con los suyos, que luego encontraría su debido cauce, luchó por su vocación, siguiendo aquello del evangelio y nuestras Constituciones: *quien no deje a su padre y a su madre por mí, no es digno de mí*. Siendo alumno del colegio o quizá en los Kostkas o más tarde, le había seducido la Compañía, seguramente por medio del testimonio de algún jesuita en particular, cuyo nombre no nos consta. Félix se había sentido atraído por los valores a que se había abierto en los Kostkas, donde algunos de vosotros ya lo encontrasteis. Los Ejercicios y la persona de Jesús lo persuadieron. Si me permitís, reutilizaré sus propias palabras para intentar expresar cómo:

“Era todo lo heroico [de la persona de Jesús] quien llamaba su atención. Todo lo grandioso aun por humilde, todo lo desconocido y arcano, todo lo sincero y todo lo bello.”

En otro contexto, Félix también escribió *“toda la emoción y el cariño de seguirte, con la fidelidad inquebrantable de un amigo que aprecia y quiere porque se siente querido y protegido.”* Al leer estas palabras, me pareció que captaban la esencia de lo que Jesús fue para Félix. Si, seguramente estas palabras reflejan su relación esencial, la que también exigía en la amistad.

Mientras preparaba estas palabras, me preguntaba si esta seducción por Jesús que le dio la fortaleza de ánimo inicial de que os hablaba, si aquel espíritu que le atrajo a la Compañía, no fue lo que también le condujo a más rupturas y posicionamientos luego. No desde el principio, de todas formas. Durante los primeros años, el éxito humano le sonrió. Venía con estudios, era mayor que sus connovicios, en las tareas apostólicas que le encomendaron se llevaba los chavales de calle. También la experiencia de vida era superior a la de los demás juniors con quienes luego conviviría. Lo admiraban. También él disfrutó los estudios de humanidades. Siguió el tiempo de ejercitarse como enseñante en el colegio de Burgos, allí se destacó por sus capacidades para la pastoral con los más jóvenes.

Entonces vinieron los otros estudios: la filosofía y la teología, más abstractas. Estamos hablando de disciplinas pre-conciliares (Félix terminó la teología meses antes que concluyera el Concilio Vaticano II, 1965). Aquella teología de monasterio tenía poco que ofrecer a un montañero, enamorado de los espacios abiertos, de la naturaleza, de los Picos de Europa, de los paisajes agrestes, que yo creo que le permitían proyectar su mundo interior. Contemplándolos, Félix sentía una armonía

y como comunión. Por eso, años más tarde disfrutaba reproduciendo aquellas fotografías, con los cuales nos felicitaba las navidades, o componía calendarios.

Pasados los años, quien por defender su vocación había roto amarras con la familia, también llegó a afirmar alguna vez: “*la Compañía me ha decepcionado*”. Eran los años de la purificación. Alguno me decís que Félix se pudo sentir un poco orillado por los *padres* superiores, a quienes decía con franqueza lo que pensaba de ellos (pero que no siempre supieron acoger esta franqueza). En ellos parecería volver a asomar la incompreensión y ruptura de su juventud. Nadie está a la altura de Jesús.

Por eso probablemente, Félix sirvió a la Compañía y a la Iglesia. Si se puede resumir tanta labor con palabras de nuestro Instituto, diría que sirvió con los ministerios de la Palabra: oral y escrita. Enseñó en nuestros colegios de san José (Burgos), Nuestra Señora de Begoña (Indautxu) y san Ignacio (San Sebastián). Predicó en innumerables eucaristías y dio charlas sobre temas espirituales y diversos a religiosas en Bilbao y alrededores.

Félix era de los de “al pan-pan y al vino-vino”. Usaba de una *parresía* insultante para alguno, desconcertante para otros, pero para muchos divertida. Su mismo vocabulario con los alumnos tenía que ser desconcertante viniendo de un jesuita en los años 60 y 70. En parte por este motivo, alguno lo ha descrito como un “*jesuita adelantado a su tiempo.*” Era ocurrente y muy original en el modo de relacionar las cosas. Amaba a sus alumnos y especialmente disfrutaba con quienes le entendían en su sentido del humor. Le gustaba llevarlos al monte y compartir con ellos la naturaleza, que tanta vida le daba.

Unos lo tuvisteis como profesor, otros lo recordaréis como predicador. Al cumplir la edad y tener que retirarse de la docencia, se dio al ministerio de la predicación, especialmente en la Residencia de Ayala. Sus palabras reflejaban su fuerte personalidad. Predicaba con gracia y desparpajo, buscaba aparentes contradicciones para interesar al oyente. Agradecía los reconocimientos. Era elocuente en su modo de expresarse. En general, fue un buen comunicador, dialéctico, capaz de dividir la audiencia a favor y en contra de sus tesis. Le divertía polemizar. Defendía sus posturas vehementemente (pensad en su actitud respecto del Athletic). Contra lo que otros repiten anodidamente: “*que gane el mejor*”, Félix repetía con énfasis aquello tan suyo: “*¿Cómo que gane el mejor? Que gane el Athletic!*”

Como ministro de la palabra escrita, también hizo presente el pensamiento de un religioso en numerosos artículos publicados en *DEIA*, en *El Correo*, en el *Diario de Burgos* y en *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Tomaba ocasión de un fallecimiento o de un aniversario, para volver a traer los personajes que admiraba más sinceramente ante todos. Se trataba de hombres ejemplares, en quienes yo puedo vislumbrar su propia admiración por el Hombre con mayúscula: Jesús. Escribió para celebrar a Beethoven o a Rafa Nadal, sobre todo a Félix Rodríguez de la Fuente –con quien le unía también la tierra y la fascinación por la naturaleza- Perico Delgado, por citar algunos más conocidos. De su homónimo Rodríguez de la Fuente escribió:

“Cuando aparece un documental tuyo, haces de cada hogar un parque nacional donde el oso pardo, el águila real, el urogallo y el rebeco aparecen como invitados de honor para narrarnos su vida, sus costumbres y sus luchas”. (...)

“*Sus luchas*”, dice en estas líneas que ilustran tanto su prosa como su capacidad de admirarse con lo salvaje, con lo no-domesticado. Para Félix, la vida era agónica, aventura, riesgo... como ya he dicho. De Perico Delgado, en cambio, afirmaba:

“Hablando con Perico se saca la impresión de que sus hazañas deportivas se traducen en simples y rutinarios eventos. Todo es sedante. El agobio que produce la cercanía de una persona que todo comienza y termina en él, es algo impensable en Perico. No hay duda de que la simple naturalidad de estos hombres es la que les convierte en extraordinario. Es el triunfo de lo sublime, por lo sencillo.”

“*Lo sublime por lo sencillo.*” Aquí identifico yo el núcleo de su evangelio. Félix admiraba lo sencillo bien hecho, las cosas hechas con mimo, con cariño, con toda la atención. Conviví con él durante un par de años en la comunidad de Ugasko. No era infrecuente que el fin de semana se ofreciera para cocinar para la comunidad. Sus platos eran sencillos, pero sabrosos: el puré de calabaza, que le salía

tan bien, las “patatorras”, como Andoni Celaya llamaba a sus patatas a la riojana, el arroz húmedo (con pato). Todo cocinado poquito a poco, con dedicación escrupulosa.

Igualmente, durante aquellos años, Félix ejerció como administrador de la Editorial Mensajero. La editorial estaba entonces muy implicada en ser la primera en publicar una edición “de bolsillo” del Misal del Vaticano II. Para que os hagáis una idea de la trascendencia de esta obra, lleva vendidos más de 100.000 ejemplares entre Europa y América. Pero el Misal, con sus casi tres mil páginas, no vio la luz así como así. Preciso de muchos borradores y escrupulosas horas de “corrección de pruebas de imprenta”. El equipo de cuatro jesuitas que afrontaron la tarea (Ríos, Iraolagoitia, de la Encina), reconoció la entrega y buen hacer de Félix.

Algunos habéis visto en Félix este carácter estricto. ¿Era un “peleas”? Su formación dialéctica y el gusto por la polémica, que le había atraído admiradores en los primeros años, que seducía a algunos de sus alumnos, a veces le llevaba a ser confrontacional, incluso impositivo. Necesitaba su espacio, que le hicieran sitio; lo defendía con palabras más altas de lo normal, a veces venía a ellas inesperadamente, con nuestro desconcierto. Pero era ordenado, exquisito en cuidar las cosas, como por ejemplo aquellos muebles que conservó luego que la familia cerró el negocio; atesoraba recuerdos y fotografías de ella, de sus excursiones por la montaña. Sobre todo atesoraba las amistades. Con los amigos le gustó celebrar y comer cocidos “con sacramentos”, visitar restaurantes a los que también me llevó a mí, como los de Saltacaballos y Carranza. Le gustaba compartir con la comunidad el orujo - bien frío-, que traía de la Vega de Liébana, donde también dio años de servicio a la diócesis de Cantabria. Una experiencia que, de nuevo, le dio mucha vida hacia el final.

Uno de vosotros ha descrito a Félix como un jesuita adelantado a su tiempo: rompió amarras con la familia, el mundo y algunos superiores, para ingresar en la Compañía de Jesús, para seguir su vocación. Esta le llevó a la búsqueda de la excelencia, del *magis* ignaciano, encontrándose, a veces, con barreras incomprensibles, algunas desconocidas para él mismo, inesperadas, pero que llevaba dentro de sí. Admiró el camino ignaciano de la Mayor Gloria de Dios. En Dios (Padre e Hijo y Espíritu) depositó, desde su madura juventud, todo el ideal de su vida.

Por eso, quiero concluir refiriéndome a tres palmeras. Son tres palmeras que están plantadas como queriendo recibir a nuestros difuntos. Las plantó Félix al lado del cementerio donde sus restos ya reposan. Las plantó nada más salir del aparcamiento del Centro de Espiritualidad, a mano izquierda. Vosotros también las podéis ver, si vais como paseantes al jardín de Loyola. Félix había cuidado estas palmeras en Bilbao, ayudándolas a crecer en la terraza de la residencia. Las regaba con esmero durante el año y cuando los demás se ausentaban, en el verano. Cuando las palmeras alcanzaron un tamaño excesivo para aquella terraza, Félix les buscó un hogar. Al final, su amistad con el superior de Loyola, Juan Miguel Arregui, decidió su traslado a Loyola.

Son plantas que agradecen los espacios naturales, seres vivos, indomesticados, pero que agradecen los cuidados, un recuerdo para todos nosotros, testigos de quién era Félix. Son tres árboles, tres plantas, pero me sirven como figura trinitaria del Dios de Jesucristo, que sale al encuentro del hijo, del Dios a quien Félix buscó y sirvió en esta vida.

Descanse en Paz.

Carlos Coupeau, S. I.
Bilbao, 09.08.2017